

Nocedal, en pasados tiempos patriota y miliciano, hoy cangrejo rabioso. Empezaron uno y otro á darme un jabón tremendo, hija, & colmarme de elogios, que me pusieron colorado, y tales eran que creí que se burlaban de mí. Socobio, poniéndome la mano en el brazo, me decía: «Nadie puede negarle á usted el dictado de *buen español* entre los mejores. De hombres como usted, honrados, independientes, serios, está muy necesitada la Nación, y el Gobierno que les convoque á todos, sin reparar en las ideas, mirando sólo á los méritos, olvidando antiguas y ya olvidadas denominaciones, será el Gobierno verdaderamente regenerador...» Pues con todos estos arrumacos se me fué metiendo en el corazón. La verdad, no es uno de bronce; no se ve uno halagado así todos los días. En fin, para no cansarte, después que me adormecieron con aquellas lisonjas tan bonitas, que si buen pico tiene el uno, no le va en zaga el otro... después que me pusieron bien blando, tan blando que se me caía la baba, ¡zas! diéronme la puñalada maestra.

—¡Jesús!

—Dijéronme que González Brabo quería verme, y que allí estaban ellos para llevarme al despacho de Su Excelencia en aquel mismo instante.

## XI

—Ello era una emboscada, —dijo Doña Leandra.— ¡Sí serían granujas!

—Espérate un poco. Yo, como tan lelo me tenían con las alabanzas, me dejé conducir, como un pobre buey cansino á quien llevan al matadero... Entré... Tan pagado estaba yo de mi papel de *buen español entre los mejores*, que por las escaleras arriba me iba riendo de satisfacción, y cuando vi que los porteros se quitaban la gorra galonada, tan finos, ¿qué me creí? que se daban la enhorabuena por ver entrar en la casa á la flor y nata de los *buenos españoles*. Metieronme en el despacho del señor Presidente del Consejo, que allí estaba de palique con dos ó tres mamalones junto á la chimenea... ¡Ay! la vista de González Brabo me trastornó; á punto estuve de echar á correr. ¿Cómo había yo de cruzar mi palabra honrada con aquel pillete, con aquel libelista escandaloso, con el acusador de Olózaga, con el difamador de la Reina Cristina, con el hombre impúdico que se ha puesto á la Nación por montera, y á todos quiere hacernos esclavos? Temblando estaba yo de que acabase con aquellos



señores y viniese sobre mí... No podía yo recibirle sino con cuatro coces y bofetadas...

—Ya, ya lo entiendo todo, Bruno; no sigas. El tunante de Brabo quería cazarte con reclamo, y una vez cogiéndote allí, ¿qué le faltaba más que mandar salir á los guinillas que tenía escondidos, y sujetarte con sogas y llevarte á los sótanos?... Ya veo claro que así fué, y que logrando escaparte, andas ahora en la grandísima zozobra de que vengan á prenderte.

—Si eso hubiera he ho conmigo el tal González, no estaría yo tan turbado y afligido como ahora lo estoy, ni creería, como creo, que debo pegarme un tiro... Dejame que siga contándote, y los cabellos se te pondrán de punta... Pues acabó el Ministro con los otros, y vino á mí muy risueño, alargándome las dos manos.

—¡Ah... hi... de tal!... Comido de cuervos se vea.

—Socobio y Necedal me presentaron y discretamente se fueron, y solo con la fiera me ví. Yo temblaba: el hombre me hizo mil carantoñas, mandándome sentar á su lado y dándome palmaditas en el hombro. Yo debí echarle mano al pescuezo y decirle: «¡Perro, traidor!...» pero lo que hice fue darle las gracias, todo confuso. «No veo en usted—me dijo el Ministro,—más que al *buen español*; no veo al sectario, ni

eso me importa. Yo también he sido sectario, todos lo somos, y en el furor de bandería hemos cometido mil errores... Pero alguien ha de ser el primero en mandar á paseo las sectas y las denominaciones ridiculas, alguien ha de haber que haga el llamamiento á la España robusta, varonil y sana, y ese alguien seré yo, ó al menos pretendo serlo. Ayúdenme los buenos, y ya verán si se puede ó no se puede...»

—¿Y tú...?

—Me quedé de una pieza; abrí la boca un palmo; no supe decir más que *ju, ju...* Francamente, me trastornaba oír tales cosas á un hombre que era para mí el más aborrecido, el más despreciable del mundo. No puedo repetir las cosas magnificas que me fué diciendo, tan bien parladas, con tal retintín de verdal y tanto *¡aquél*, que yo no sabía lo que me pasaba. Habías tú de oír su acento, y ver cómo los ojos hablaban mejor aún que la palabra... En fin, que el hombre me tenía embobado, me tenía loco. Yo me acordaba de cuando le veía desde la tribuna, vomitando mil infamias contra Olózaga, llamando poco menos que figurón á Espartero, gavilla de mentecatos ó la Milicia Nacional, y me acordaba también del torcedor que me andaba por dentro oyendo tales villanías, y de las ganas que yo sentía de bajar y



darle de patadas, ó de ahogarle de un achuchón... Pues nada: el mismo sujeto en quien puse todos mis odios, ahora, charlando conmigo de silla á silla, me volvía lelo, me cautivaba y me convertía en un monigote... Todo por la fuerza de su amabilidad, de la miel de su labia, del juego de sus ojos y de aquel sortilegio con que el maldito se explica... Yo debí tomar una actitud muy digna y decirle: «señor González, todas esas cosas se las cuenta usted á su abuela, y á mí déjeme en paz, que tengo malas pulgas, y si me hurgan...» Pero nada de esto dije, y el muy tuno volvió á coger el incensario dándome con él en las narices... Que yo soy un hombre de arraigo... Eso ya lo sabía... Que yo soy representante genuino de la clase media, del justo medio, del buen sentido y tal... que el Gobierno hará una política de concordia, de atracción, manteniendo el orden, eso sí... y procurando que los *buenos españoles*... ¡Demonio de González! Acabó de volverme tarumba cuando me dijo que el objeto de haberme llamado era ¡Dios me valga! ofrecerme el mismo puesto para que me nombró Cantero... Yo me quedé como quien ve visiones, figúrate... Respondile que mi conciencia, que tal... todo en medias palabras sin sentido, por causa del gran trastorno en que aquel hombre me había

puesto... Insistió en que aceptase, burlándose con mucha gracia de mis escrúpulos. Los hombres se deben á su país, no á una cofradía, y tal y qué sé yo... Respondí que lo pensaría, pues la cosa es grave... pero muy grave... ¿No lo crees tú así?»

Nada contestó Doña Leandra: abierta de par en par su boca por causa de la repentina estupefacción, ni las palabras hallaban manera de producirse, ni el pensamiento acertaba con la generación de las ideas.

«Y no paró aquí la cosa, Leandra—prosiguió D. Bruno.—Aún me faltaba la sorpresa mayor, y fué que el señor Ministro me manifestó tener conocimiento de mi pleito con el Estado por lo del Pósito. ¡Mira que estar enterado el tío, y saber todo lo que nos pasa!... Luego me dijo: «Esta desdichada administración nuestra es una máquina mohosa que no anda... Yo me propongo simplificarla de resortes para que los asuntos vayan más á prisa.» Y cuando me lamentaba yo de que los gobiernos anteriores no me hubieran resuelto cuestión tan sencilla, el hombre dijo: «Es una iniquidad, un grande atropello. Como mi política es una política de reparación; como me propongo estar siempre á la defera de todos los intereses legítimos, y facilitar, no entorpecer... desde luego aseguro á



usted que dé por resuelto ese asunto en la forma que ha solicitado, pues es de rigurosa justicia...»

Como oyese un gruñido de su esposa, Don Bruno la miró asustado. A la luz de la vela que rápidamente se consumía, moqueando á goterones el sebo y elevando en medio de la llama un pábilo negro y pestífero, vió el manchego la faz de Doña Leandra descompuesta por un asombro semejante al de los apóstoles cuando presenciaron la Transfiguración del Señor. Estaba la buena mujer en éxtasis, la boca entreabierta, la respiración imperceptible, los ojos fijos en un punto del techo, donde veían por un boquete la Bienaventuranza...

«Todavía no he concluido, mujer—siguió D. Bruno.—Aún queda algo... lo más salado, lo más increíble. El Sr. D. Luis me dijo: «Ya sé que tiene usted mucha familia. Al chico mayor, que ha entrado en los diez y ocho años, podríamos colocarle...»

—¡Un destino al niño!—exclamó Doña Leandra con voz un tanto desgarrada, volviendo hacia el marido su faz lívida, su mirada que reproducía el rajizo fulgor de la vela.—¿Pero qué estás diciendo, Bruno? ¿Tú y yo soñamos?

—No, mujer, que estamos bien despiertos.

—A tí el empleo gordo, lo de Pósitos resuel-

to, y á Brunillo un destino con que atender al calzado de toda la familia!—dijo la manchega, pellizcándose los brazos para convencerse de que no soñaba.—Eso es chanza, Bruno, ó el D. Luis te lo decía para sacarnecerte antes de mandarte al patíbulo.

—Tú lo expresas como una doctora de Salamanca, —dijo Carrasco echando su alma en un suspiro,— porque el darne este Gobierno tantas cosas, colmando todos mis deseos, es mandarme al patíbulo, no á la horca material, sino á la moral como quien dice; es deshonrarme, quitarme la virtud que más me enorgullece: la consecuencia. Ya ves, ya ves el conflicto que me ha traído ese hombre, ese diablo, con sus ofrecimientos, y harto comprendes que esté yo en la mayor amargura y en la vacilación más horrible, porque si no acepto pierdo la mejor coyuntura para restablecer y asegurar mis intereses... ¿cuándo me veré en otra? y si acepto, ¡carabos! heme aquí deshonorado para siempre ante mi partido, ante mi adorada Libertad... Mereceré que mis compañeros de opinión me escupan á la cara. Figúrate las pestes que dirán de mí, lo que pensará el Duque, y cómo se holgarán los cangrejos de haberme comprado por un pedazo de pan. No, no, Leandra: yo no puedo vender mi alma, y mi alma es la Li-



bertad. Bien claro se ve á lo que tiran esos bellacos; tiran á deshonrar al Progreso, para poder decir: *veles* ahí, con tantas ínfulas y tanto presumir; *veles* ahí viniendo á lamernos las manos por el mendrugo que les echamos.» No; Bruno Carrasco no puede prestarse á esta villanía; Bruno Carrasco no es un pelele de éstos que llegan á Madrid muertos de hambre; no es de éstos que gritan en las calles y alborotan, para que les den unas sopas, y en viendo el cazuelo se callan; no, no soy yo de éstos... Y como no paso por tal ignominia, tendremos que recoger los bártulos y volvernos á nuestro pueblo, y allí, pegados al terruño y á la labranza santísima, esperaremos á que una nueva revolución nos traiga otra vez el Progreso... Cree tú que sin Progreso no hay paz ni decencia en la Nación...»

La idea de restituirse á la Mancha con toda la familia trastornó súbitamente el caletre de Doña Leandra; pero al mismo tiempo la idea de los dones ofrecidos por González Brabo determinaba en el propio cerebro una confusión tempestuosa, que habría terminado por estallido formidable si la señora, echándose mano á la testa, no la comprimiera como para sujetar los dos hemisferios que querían separarse y caer cada uno por su lado.

«Bruno de mi alma—dijo la manchega participando del conflicto en que su esposo se veía,—si me pides consejo, no puedo dártelo en cosa tan grave con prontitud y seguridad, como cuando me preguntas si debemos sembrar alforfón ó berberisco. A estas horas, las cabezas caldeadas no pueden dar de sí un pensamiento claro... Acostémonos y procuremos el descanso... pidamos á Dios el auxilio de su gracia y de su luz para resolver lo que sea más conveniente. Yo estoy, con todo lo que me has dicho, como si me hubiesen dado una paliza, ó como si me hubiera caído de la torre de la iglesia... Déjame que recapacite, que coja la balanza y vaya pesando las cosas... Descansa, hijo, descargado ya de ese secreto: lo que yo discurra, lo que yo desentrañe, mañana lo sabrás. Ya no se habla ni una palabra más por esta noche.»

Diciéndolo, y sin esperar observaciones ni respuesta, entapujóse, y á su alcoba enderezó el paso, dando tumbos y chocando en las paredes, y se inhumó al fin en su lecho, como un difunto correntón que vuelve al descanso de la sepultura. D. Bruno, soltada ya por virtud de la confianza la opresora pesadumbre que agobiaba su espíritu, se tendió de largo y cogió un tranquilo sueño, que era sueño atrasado de tres



noches. Doña Leandra, hecha un ovillo, la cabeza casi tocando á las rodillas, velaba meditando...

## XII

Que ocupaba grande y luminoso espacio en el alma de la señora manchega el deseo de replantar sus raíces en el suelo patrio, no hay para qué repetirlo. El colmo de todas sus dichas era volver á los aires de allá y emplear de nuevo las energías del cuerpo y del alma en el trajín agrícola, en la cría de tanto simpático animal, y recrearse en el trato de tanta gente honrada y fiel. Pero si entre estos dulcísimos goces y el bien de la familia, hijos y esposo, se planteaba el dilema, Doña Leandra, como esposa y madra cristiana, como mujer criada en la virtud humilde y en la verdad, no podía menos de anteponer á sus propios deseos la conveniencia de los seres queridos á quienes consagraba su existencia. De sus hondísimas meditaciones en aquella noche de prueba resultó al fin una resolución fija, clara, inquebrantable. Murriéndose de pena, aconsejaría decididamente á D. Bruno que aceptara lo que el Gobierno le ofrecía, sacrificando al bien de la familia sus escrúpulos y la fidelidad al Progreso, vara

palabra sin sentido. Regó la pobre señora con su llanto las sábanas en que se envolvía formando como una pelota, y se dijo: «Si el Señor quiere que nunca más vea yo el suelo y el cielo de mi querida Mancha, hágase conforme á su santa voluntad. ¡Viva Bruno y vivan los hijos, y vean todos satisfechas sus ambiciones, aunque yo me muera, y queden mis pobres huesos en estos nichos, y mi alma suba al cielo, no sin pasar antes por la tierra en que nació.» Esto decía llorando; al día siguiente, lavadas cara y manos, se fué á misa á San Andrés, y al volver gozosa y triste de la iglesia, cosa muy rara, alegre por haber tomado una resolución invariable, apenada por el sacrificio de sus ideales en aras de la familia, como hablando de lo mismo solía decir Bruno, se llegó á éste, á punto que tomaba chocolate, y evacuó la grave consulta en esta forma:

«Marido mío, me has pedido consejo y á dárte-lo voy según las luces que Dios me enciende en el magín. Para mí sería lo más grato que desesperados de encontrar aquí la fortuna nos volviéramos á nuestra tierra; pero no ha de ser nunca consuelo mío lo que para ti y para nuestros hijos será tristeza, ni quiero que el bien que deseo se funde en el mal de todos, porque entonces mi bien sería muy amargo. Voy á pa-



rar, querido Bruno, en aconsejarte que ahogues las voces de la honrilla política, que es cosa de ningún precio ante la conveniencia de la familia y el porvenir de los hijos. Dime tú, desventurado: ¿qué sacaste hasta ahora de ser tan tierno amor del dichoso Progreso? Por tu fidelidad á esas paparruchas, por eso que llamas tu consecuencia, ¿qué te dieron más que sofoquinas y malos ratos? El ídolo tuyo, ese Duque y Conde que todo lo podía, ¿hizo algo por tí? ¿Acaso te dió siquiera una almendrita del turrón que repartía entre tanto mequetrefe? Si tu mérito y tu arraigo eran tan manifiestos, ¿por qué no los recompensaron? ¿Has olvidado que en el asunto del Pósito, claro como la luz, estuvieron mareándote con promesas, y que ni aun untando á esos bigardones de las oficinas pudiste lograr que anduviera el carro? El D. Olózaga, el D. Mendizábal, con tantas retóricas, tanto abrazo y tanto de *mi amigo, mi respectable amigo*; el D. López ó *Don Mielles*, ¿te han dado algo? Pues mira tú: á todos esos mociones les dirás que *á quien se muda Dios le ayuda, y que tal el tiempo tal el tiento*. Echando estas gramáticas por delante, les mandas á pasear, con palabras finas, eso sí, muy finas; y antes que te metan en dudas ó arrepentimientos tus amigotes del café, que lo son porque tú

tienes siempre seis reales para convidarles y á los no, te vas á ese Sr. González y le dices: «Sr. González, como buen manchego aquí estoy á que me cumpla lo prometido. Ya recomendó el sabio que *cuando nos dan la vaquilla acudamos con la soguilla*: vengo, pues, señor mío, sombrero en mano, á que me eche en él los beneficios. Aquí todos somos unos, y todos, llamémonos nabos, llamémonos berengenas, estamos á lo que cae, porque eso de los nombres de *Progreso y Retroceso* no es más que divisas que nos ponemos para pasar el rato. Hombre honrado soy, y en cosa que á mí me encomienda la Nación no he de hacer ninguna porquería, que nací de padres cristianos y en los mandamientos de Dios me criaron. Ni al mundo vine tan desnudo que necesite del empleo para comer. Venga lo del Pósito, que es de justicia, y venga lo mío y lo del niño mayor, con promesa de colocarme también al segundo cuando tenga la edad.» Y dicho esto con mucha suposición de lo que eres y de lo que vales, tomas los papeles que te dé, que serán las testimoniales de los destinos, y te vienes para tu casita, sin pasar por el café, donde estarán Milagro, Centurión y demás hambrones, ladrando de envidia y cortándote cada sayo que dará miedo. Pero tú no hagas caso, que lo que es



Milagro, si le dieran lo que á tí te dan, lo tomaría sin melindres, diciendo el muy zorro que se sacrifica por la patria.»

Con tener Doña Leandra un gran ascendiente sobre su marido en cosas de conciencia y en el manejo de intereses de cuantía, no pudo, al primer ataque, llevar el convencimiento al ánimo del buen señor. Toda la mañana la pasó éste dando vueltas de un lado á otro de la casa, taciturno y con los morros muy alargados. Su señora, que debía de llevar en sus venas sangre de Sancho Panza, á juzgar por la pesadez y la socarronería de su positivismo, volvió á la carga una y otra vez repitiendo y ampliando sus argumentos con la insistencia del escudero famoso cuando pedía la insula. Al mediodía, ya D. Bruno se tambaleaba, como un árbol herido en su tronco por el hacha; por la tarde Doña Leandra se creía victoriosa, obteniendo de su marido promesa formal de no concurrir á la tertulia de Milagro ni tener roce alguno con gente del bando caído; y al anochechar demostraba el hombre haber llegado á la total madurez de su nuevo convencimiento, hablando con desprecio de las sectas políticas, y poniendo por cima de las garrulerías de tiros y trajanos los grandes fines de la patria. ¿Cómo llegar á estos fines sin orden, sin que se apa-

ciguaran los discolos, y callaran los vocingleros, y se pusieran todos á trabajar, que era lo que hacía falta? Dentro del orden se darían libertades: ¡vaya si se darían!, y poquito á poco iríase acostumbrando la Nación á ser libre... Nada de partidos ya. *Menos política y más administración*, como le había dicho D. Luis con llamada genial en la conferencia de aquella famosa noche. Abajo los partidos, y arriba para siempre el *Procomún*.

Estas sesudas razones y otras de evidente color *sanchopancino* dijo el respetable hijo de la Mancha, y tras los dichos vinieron los hechos. Todo se hizo conforme á la oferta de González Brabo y á los consejos de Doña Leandra, viniendo á ser estas dos personas, la una con carácter público, la otra privada y obscura, los determinantes de la defección del gran D. Bruno, la cual, dígase de paso, no fué tan sonada como él pensaba y temía, porque otros hubo que se dejaron seducir, y repartido el escándalo en una docena de nombres, no tocó á cada uno más que parte mínima del oprobio. Juzgando Milagro el suceso desde la cima inaccesible de su consecuencia, virtud á prueba de tentaciones, decía en el café y en la tertulia de *Don Frenético*: «No ha sido más que una maniobra de ese gitano de González... ¡si conoceré yo á mi gen-



tel... una maniobra, una jugarreta para darse cierto barniz de imparcialidad, haciendo creer al país que aún queda un resto de coalición... ¡Si será pillo! Hay en ello, como digo, algo de la destreza de los gitanos para desfigurar con pinturas y postizos los borricos que venden, y hacer pasar por jóvenes á los viejos, por ágiles á los cojos... ¡Vaya con González, y qué *maquiavelismos* nos gasta! Ha cogido á cuatro inocentes para ponerlos de monigotes decorativos, hasta que llegue el momento en que la situación se crea segura, y entonces, ¡ay! la patada que darán á estos pobres tráfugas se oirá en los antípodas. Lo siento por el pobre Carrasco, persona á quien yo estimaba mucho, y por eso le dí mi protección en el gobierno de Ciudad Real, que era, entre paréntesis, un gobierno difícilísimo, y allí necesitaba uno ser un Metternich para desenvolverse entre las influencias encontradas de Juan y de Pedro... lo siento, sí, por Carrasco, y casi me inclino á disculparle. Hizo el desatino de abandonar su terruño para venirse á Madrid, metiéndose á politiquear sin entenderlo... ¿Qué había de resultar? El cataclismo, y en el cataclismo, ó si se quiere, en el diluvio, ¿qué ha de hacer un hombre cargado de familia más que agarrarse al primer tablón que le presentan...? Hay otra cosa, señores, y es que

la virtud de la consecuencia pocos, muy pocos la poseen... Abundan los partidarios; pero los consecuentes, los inflexibles no abundamos... Y con éstos, con nosotros sí que no se atreven. ¿Por qué no se le ocurrirá á González echarme á mí sus redes maquiavélicas? Porque me conoce y sabe cómo las gasto, porque sabe que le enseñaría yo los dientes, si viniese... y con los dientes de José del Milagro no se juega... ¡Ah, Sr. González, algún día nos veremos frente á frente, y... ya, ya se ajustará la cuenta de Olózaga, y otras, otras cuentas políticas!...

Bien mantenido por su yerno, libre de domésticos cuidados, escupía por el colmillo Don José, y levantaba el gallo en los mentideros políticos, dándose tono de prohombre y vendiendo protección á los caídos, como candidato probable á una cartera el día no lejano en que volviese el Duque. Corriendo las semanas, concluía con incierta calma el año 43, y empezaba con febriles inquietudes el 44: los liberales, caídos con vilipendio, vendábanse presurosos las descalabraduras, y empezaban á mirar por la vida, es decir, á sublevarse aquí y allí, aprovechando cuantos medios se les presentaban. Esto no era más que *continuar la Historia de España*, y buen tonto sería el que creyese que tal historia podía sufrir interrupción. Fueron



hechos culminantes en el paso de un año á otro: el pronunciamiento de Alicante, capitaneado por un fogoso aventurero, Pantaleón Bonet, hombre audacísimo, cortado por el patrón de Ramón Cabrera con todas sus cualidades y defectos; la mudanza de la familia Carrasco de la Cava Baja á la calle Angosta de Peligros; la sublevación de Cartagena con nombramiento de Junta *de salvación*, que presidió un D. Antonio Santa Cruz; el catarro pulmonar que cogió Doña Leandra, paseando con su amiga la Torrubia por las afueras de la Puerta de Toledo, de resultas del cual estuvo si se va ó no se va á la Mancha, quiere decirse, al otro mundo; los desarmes de la Milicia Nacional en Valladolid, San Sebastián y Burgos, con los disturbios y porrazos consiguientes; los amagos de levantamiento carlista en las provincias del Norte; los nuevos vestidos que se hicieron Lea y Eufrasia para dar testimonio público de la nueva posición de su padre y poder alternar con alguna que otra señora moderada, vestidos que, según puntualmente ha conservado la tradición, fueron de *popelin adiamantado con doble reftejo*, tela propia para invierno y otoño, y en ellos se adoptó la forma novísima de los cuerpos medio escotados y el cuello *francido á la Lucrecia*; la tentativa de reanudar tratos con

Aloma para que ésta autorizase la desamortización y pudieran los moderados enriquecerse comprando por un pedazo de pan los bienes que fueron de la Santa Iglesia; las levitas que se hizo D. Bruno imitando, no ya las de Mendizábal, sino las del elegante prócer Marqués de Viluma... y en fin, mil sucesos y menudencias que, tejidos con estrecha urdimbre, forman la Historia del vivir colectivo en aquellos tiempos, la Historia grande, integral.

## XIII

Vemos luego cómo dicha Historia, mansamente, por el suave nacer de los efectos del vientre de las causas, siendo á su vez dichos efectos causas que nuevos hijos engendran, va corriendo y produciendo vida, de la cual son partes muy notorias los hechos siguientes: la mejoría de Doña Leandra, gracias al tratamiento sudorífico que la dejó en los huesos; la expedición militar de Roncali contra los sublevados alicantinos, de lo que resultó la destrucción de éstos en el campo de batalla, con más empleo de la maña que de la fuerza, según se dijo;



el fusilamiento de los revolucionarios de Alicante, veinticuatro víctimas con Bonet á la cabeza, bárbaro, torpe y extremado castigo que había de ser semillero de odios intensísimos, irreconciliables; las relaciones que trabaron Eufrosia y Lea con personas de más alta posición, distinguiéndose en estas nuevas amistades la de una señora renombrada por su hermosura y la amenidad de su trato, Genara de Baraona viuda de Navarro; la prisión de calificados progresistas como Cortina y Madoz, y las épicas palizas que recibían en los pueblos los desarmados milicianos, en desquite de las que ellos habían repartido profusamente; la declaración del legítimo matrimonio de la Reina Madre con D. Fernando Muñoz, y por último, la entrada en Madrid de la propia Doña María Cristina, que acá nos volvía triunfante y feliz á gozar de su victoria.

Merece este gran suceso mención especial: Madrid ardió en fiestas para celebrar la vuelta de la Gobernadora, y los señores que mandaban y los innumerables inocentes que entonces, casi como ahora, constituían el vecindario de la capital, se desvivieron y despepitaron en obsequiar á la Reina y mostrarle su admiración. Fué un dulcísimo incendio de los corazones, una embriaguez de los cerebros. Los

poetas, que en aqueñas vegadas crecían con viciosa lozanía en nuestro suelo, tuvieron temo oportuno para echar odas y silvas, y apestarnos con sáficos y sonetos. Fué una de las epidemias poéticas más asoladoras del siglo. Uno de aquellos vates empezaba diciendo: *Detén joh sol! tu espléndida carrera...* y pedía el buen señor la parada del sol para que pudiera ver el paso de Cristina por entre gallardetes, arcos de tela pintada y festones de papel, recibiendo los delirantes parabienes del pueblo. Concluía el poeta con esta estrofa:

Mas nunca, mi Cristina, menos bella  
Te contempló mi corazón de fuego;  
En mi delirio amante,  
Fuiste á mi pensamiento rara estrella  
De ese cielo radiante;  
Y en su luz celestial quedando ciego,  
Te dirá mi laúd de cualquier modo  
Que eres mi Dios, mi religión, mi todo.

Otras mil lindezas le dijeron, y flores diversas arrojaron al paso de Su Majestad por Valencia y al entrar en Madrid, de lo que resultó un conflicto más para el Gobierno, pues no había empleos videntes con que premiar debidamente la lealtad y el arrebató de tantos poetas. Instalada Cristina en Palacio, ocurrió un suce-



so casi tan importante como la recaída de Doña Leandra (que privó á las chicas de asistir á la soberbia función del Liceo en honor de las Reinas), suceso previsto por muchos, y singularmente por Milagro, cuyas palabras textuales sobre la materia nos ha transmitido un papel de la época. «Apenas la excelsa señora—dijo D. José,—alivie su cuerpo y su espíritu de la fatiga de tantas saluciones y de la asfixia de tanto verso, tomará la providencia que ha motivado su vuelta á estos reinos, la cual no es otra que plantar en la calle á González Brabo, ó echarle rodando por las escaleras. ¿Cómo podrá olvidar la señora, por magnánima que sea... y no lo es... cómo podrá olvidar, digo, que este cínico se entretuvo en sacarle á la colada los trapitos, contando es por be todo el *idilio morganático*? Esto no lo olvida Su Majestad, porque los Reyes, que siempre han sido y son buenos memoriosos, ni olvidan ni perdonan... y hacen bien: por esto son Reyes.»

Lo que D. José profetizaba se cumplió puntualmente á poco de tomar respiro la Reina Madre en el Real Palacio; mas la salida de González se motivó oficialmente en el desacuerdo del Ministro de Hacienda con nuestro Embajador en Roma, el cual ofreció á la Santa Sede que haríamos tabla rasa de la Desamortiza-

ción. Insistía Milagro en que su versión era la verdadera, y con chistes y pormenores muy donosos la sazónaba. Corría con grande autoridad otra que por su fuerza lógica se impuso, y era que Narváez, viendo ya cumplidos los fines del Gabinete González Brabo, y estando ya bastante suavizada la pendiente ó transición entre la Libertad y el Despotismo, no había razón para mantener en aquel puesto al que sólo fué á él para guardarlo interinamente, y con mónica frailuna se le dijo á D. Luis: «Quítese, hermano, que ya no hace falta, y prémiele Dios por lo bien que ha sostenido la interinidad. Aquí estamos ya nosotros con ganas de descansar el cuerpo en ese sillón, y de coger la rienda... Pronto, pronto... Lárguese á la embajada de Portugal, á donde le destinamos, y que Dios le haga bueno.» Esto le dijeron, *plus minusve*, y el hombre descolgó su sombrero, que de una lujosa espetera ministerial pendía, y se fué á Portugal gozoso, porque en verdad la sonrisa picaresca de Doña María Cristina le alborotaba la conciencia, y algo curado ya de su cinismo por las funciones severas y moralizadoras del poder, le asustaban las imágenes de las personas á quienes mató, como un pobre Macbeth de bajo vuelo, para ver realizado el vaticinio de las brujas. Cayó el gran cínico.



co, dotado por Naturaleza de las más bellas seducciones de palabra y trato, el hombre á quien sobraba de talento todo lo que le faltaba de escrúpulos; el que llenaba los archivos vacíos de su instrucción con los frutos repentinos de su entendimiento; el que en vez de moral tenía la prontitud imaginativa para fingirla, y en vez de ciencia el arte de ganar amigos. Y no fué su gobierno de cinco meses totalmente estéril, pues entre el miserable trajín de dar y quitar empleos, de favorecer á los caeicones, de perseguir al partido contrario y de mover, sólo por hacer ruido, los podridos telares de la Administración, fué creado en el seno de España un sér grande, eficaz y de robusta vida: la Guardia Civil.

Y continuando con pasmosa fecundidad el desarrollo de la Historia grande, como un hilo de vida sin solución, el primer hecho de alta transcendencia que se nos ofrece después de la caída de González Brabo, es la del buen Don Bruno, á quien pusieron la cuenta en la mano sin decirle una palabra cortés; caída ignominiosa, que fué tema de chanzas picantes entre sus amigos liberales, y en la familia como el reventar de una bomba que difundió el espanto y la desolación. Doña Leandra estuvo sin hablar todo un día, y las niñas rabiezas y des-

compuestas, desahogáronse en improprios contra Narváez. Éste cogió el poder que le correspondía como espataz indiscutible de los españoles desde Julio del 43... Hacia el comedero del pobre D. Bruno alargaban sus hocicos, desde tiempo atrás, otros más necesitados ó que se juzgaban con mejor derecho, y Narváez no era hombre capaz de condenar á los suyos á la inanición. Ya se había dado el ejemplo de la prudencia y la imparcialidad hasta el derroche, y sería candidez mantener á cuerpo de rey á los enemigos, mientras tantos amigos se vestían con dos modas de atraso, y en su trato doméstico vivían sujetos á una bochornosa escasez de comestibles. Á los faldones del Sr. Mon, nuevo Ministro de Hacienda, se agarraba media Asturias pidiendo credenciales.

Si sensible fué el trastorno producido en la casa de Carrasco por las cesantías del padre y del niño, los suspiros y el rechinar de dientes quedaron reservados en la intimidad de la familia, y grandes y chicos cuidaron de que el desastre no trascendiese al exterior, y que sobre las ruínas se alzase siempre la dignidad. No eran los Carrascos de esos á quienes la cesantía condena fatalmente á un triste interregno de zapatos rotos, de empeño de ropas, de hambres y desnudeces. El decoro de la fa-



milia exigía que todo siguiese en el mismo aspecto y decoración, y si el padre tal criterio proponía, las chicas le daban quince y raya en las demostraciones para mantenerlo *coram populo*. Doña Leandra, que de resultas de su último arrechucho hallábase desmejoradísima, padeciendo con mayor agudeza del terrible mal de su nostalgia, creyó por un momento que la reciente desdicha traería, como reparación física y moral, el regreso á la Tierra; mas pronto hubo de convencerse, observando rostros y midiendo palabras, de que nunca había estado más lejos de la realidad aquél su ardiente deseo, que le llenaba toda el alma. Para seguir aferrados á Madrid tenían las hijas y el esposo motivos ó pretextos de tanta fuerza, que Doña Leandra, heroína de prudencia y discreción, se abstenía de contradecirlos y refutarlos, y lloraba en silencio contentándose con la reparación mental, en ocasiones de tal modo intensa que le daba la impresión y los vivos goces de la realidad. Hallábanse Lea y Eufrasia ligadas á Madrid, no sólo por el lazo de amistosas relaciones, sino por noviazgos muy serios, en que se aunaban, para darles inmenso valor, el fuego de los corazones y la esperanza de provechosos casamientos. Lea, tras una serie de superficiales pasioncillas, había cogido

en sus redes á un joven militar muy avanzado en su carrera, y que llegaría pronto á general, á poco juego que dieran las revoluciones anunciadas. Eufrasia, que ya había sabido marear á once galanes y divertirse con ellos, tenía en estudio á un andaluz riquísimo, de gran familia, negociante que iba para capitalista. Hallándose, pues, las dos hijas en lo más crítico de la cacería de estos pájaros de calidad, no era propio de una buena madre espantar las piezas, ni menos dejar á las cazadoras en el desconsuelo consiguiente.

Y por el lado de D. Bruno, no hallaba Doña Leandra menos cerrado el camino de sus ilusiones de patria manchega. Ante todo, el amigo D. Serafín de Socobio, y otros que en el moderantismo le habían salido, daban á Carrasco esperanzas de pronto desquite, bien en una plaza semejante á la perdida, bien en una jefatura política de importancia. No sólo había de estar á la mira de su reposición probable, sino que forzoso era no perder de vista el asunto de Pósitos, pues aunque la sentencia del Consejo Real le había sido favorable, completa victoria en principio, faltaba lo principal, que le devolviesen el dinero prestado al Pósito de Daimiel y que la junta de éste le negaba. Camino largo y espinoso suele ser en España el



que conduce del principio legal á la realización del derecho, y muchas esperanzas cortesanas se pierden en este camino. Añádase á esto, para llegar al conocimiento total del sedentarismo de D. Bruno, que sin quererlo, por grados inapreciables, se iba haciendo marisco y pegándose por secreciones calcáreas á la roca oceánica de Madrid. La vida de casino no fué la menor causa de esta adherencia. Por aquellos días estaba en todo su auge el establecimiento de recreo y dulce sociedad fundado por Córdoba, Salamanca y otros en la calle del Príncipe: á él concurrían lo más granado de la oficialidad de nuestro ejército y los personajes más simpáticos de la situación, sin que faltasen liberales blandos de buena sombra; allí la vida se deslizaba plácidamente en la conversación, en los comentarios de toda noticia social ó política, en el murmurar malicioso, en el referir ameno, en la lectura de la prensa, en el billar, en el juego, etc... Al poco tiempo de introducirse en tal sociedad, Carrasco no sabía salir de ella, y entre su cuerpo y los sillones de gutapercha produciábase un aglutinante que cada día era más fuertemente pegajoso. Coincidieron con esta vida otras adherencias de que por su condición reservada no se hablará mientras la necesaria armonía y el buen concierto

de la totalidad histórica no lo exijan. Véase ahora si este poderoso fatalismo centrípeta no era suficiente á someter sin lucha la voluntad centrífuga de la pobre desterrada, dejándola en triste recogimiento. Procurábase consuelo Doña Leandra en la sociedad de sí misma y en los viajes imaginarios al país de sus amores, valiéndose para ello de los más rápidos medios de locomoción, ora el clavileño de su paisano, ora la escoba de las brujas.

## XIV

Los días, semanas y meses del último tercio de 1844 pasaron con triste monotonía: Doña Leandra adormeciéndose en la contemplación extática de su bendita tierra, D. Bruno adaptándose fácilmente á los gratos ocios del Casino, las hijas lidiando á sus novios con la doble suerte del amor honesto y de la querencia de matrimonio, y Narváez fusilando españoles, tarea fácil y eficaz á que se consagró desde el primer día de mando. Lo que él decía: «Voy á introducir grandes mejoras en el orden administrativo, á fomentar el trabajo agrícola, industrial y científico, á dar á España una vida y un sér nuevos; mas para esto necesito que